
EDITORIAL

Nadie puede dudar de que nuestro tiempo ha visto un inimaginable progreso de la ciencia litúrgica sobre todo si se comparan los conocimientos actuales con los de hace sólo unos años. Por poco que se analice el camino recorrido es difícil no pensar que entre las razones de este cambio hay que enumerar la asunción, más o menos intensa en unos u otros lugares, del principio que estableció, hace poco más de 20 años, el Concilio Vaticano II al decretar que "la asignatura de Sagrada Liturgia debe considerarse entre las materias necesarias y más importantes en los seminarios y casas de estudios de los religiosos, y entre las asignaturas principales en las Facultades teológicas" (*Sacrosanctum Concilium*, 16). Lo decretado entonces ha calado en la Iglesia y ha empezado a dar sus frutos. Y por ello hoy se está ya muy lejos de aquella visión de hace sólo unas pocas décadas que sólo se sabía ver en la liturgia un conjunto de ceremonias.

En nuestros días, quien más quien menos, al referirse a la liturgia piensa más en sus fuentes, en el sentido de sus formularios, en la significación de los gestos celebrativos y sobre todo en la trayectoria histórica de las celebraciones —aspecto éste el más conocido ciertamente entre nuestros contemporáneos— que en los aspectos simplemente ritualistas o ceremoniales de la celebración. Pocos encontraríamos seguramente hoy entre quienes han dedicado algún tiempo al estudio o la reflexión sobre la liturgia, que no conozcan, por ejemplo, los escritos litúrgicos de Justino, el ritual de Hipólito o las descripciones de los ritos que presentan las Catequesis mistagógicas de los antiguos Padres.

Pero este conocimiento de las fuentes litúrgicas primitivas por importante que sea y por más que constituya un primer e imprescindible paso, no es, con todo, la única fuente en que deben apoyarse nuestros conocimientos. Se dan también otros hechos y otros escritos —sin duda algún tanto más difíciles de abordar pero no por ello menos interesantes ni menos útiles— que ayudan a ahondar en el sentido auténtico de unos ritos que nacieron, unos al mismo tiempo que la Iglesia otros, por lo menos, en los tiempos más primitivos del cristianismo y que tienden a expresar la fe y el sentido del culto cristiano. Si los más antiguos documentos y rituales constituyen un precioso testimonio de cómo se desarrollaban los ritos, no pueden olvidarse aquellos otros testimonios ocasionales que nos atestiguan como los Padres vivían ellos mismos y explicaban a sus fieles estos ritos litúrgicos. Es verdad que los testimonios ocasionales resultan de interpretación bastante más difícil y que incluso el simple conato de inventariar los textos no siempre resulta tarea sencilla. Pero, con todo, hacer un esfuerzo en esta línea es no sólo interesante sino también enriquecedor tanto desde un punto de vista pastoral como teológico.

Entre los Padres de la Iglesia latina que más sobresalen por la atención que prestan a los ritos litúrgicos hay que enumerar sobre todo a los dos grandes obispos Ambrosio de Milán y Agustín de Hipona (ambos, por otra parte, bien relacionados entre sí). El hecho de que en 1986 se inaugure el centenario del bautismo del segundo de estos Padres, San Agustín (noche de Pascua del 24-25 de abril de 387) nos ha sugerido dedicarle monográficamente este número de "Oración de las Horas".

Alguna de las aportaciones de San Agustín en torno a lo que hoy llamaríamos "teología de la liturgia" —sin llegar a ser un tratado orgánico escrito de lo que representa la celebración litúrgica en el interior de un sistema teológico— forman, no obstante, un conjunto ya bastante elaborado de lo que representaba la liturgia en aquellos tiempos por lo menos en el África de San Agustín, que bien merecería un tratamiento detallado en nuestra revista. Pensamos sobre todo en las dos cartas que San Agustín dirigió a Jenaro sobre diversos aspectos de la celebración que nos proponemos comentar en un próximo número antes de finalizar este año centenario de su bautismo. Nuestros lectores agradecerán sin duda, tanto las aportaciones de este número como el tratamiento de las cartas a Jenaro que ofreceremos próximamente como recuerdo del centenario del bautismo de Agustín. P.F.